

EL ROEDOR DE FORTIMBRÁS.- Gonzalo Suarez. Ediciones Ferré, S.A. 124 págs.
Barcelona, 1965.

Gonzalo Suarez es un caso singular en la literatura española actual, un caso con pocos precedentes en el tipo de novelas y cuentos que escribe. Dedicarse a la literatura fantástica con seriedad, a lo Jorge Luis Borges, es una faceta insólita entre nosotros. El tipo de novela y cuento que se ha impuesto en España, en estos últimos veinte años, sigue un patrón conocido: una literatura realista, de crítica social, testimonial. Ni que decir tiene que no todos los cultivadores de este tipo de literatura han sido afortunados. De la larga lista de escritores surgidos después de la guerra civil, muchos de ellos galardonados con los más prestigiosos premios - Nadal, Biblioteca Breve, Planeta-, quedan como verdaderamente importantes una veintena de nombres. Y en todos ellos, con las diferencias particulares de estilo y temática, encontramos un fondo común al que antes nos hemos referido: la preocupación testimonial, el arraigo a la realidad cotidiana. Es indudable que la guerra civil ha marcado una pauta a seguir en nuestras letras, y que la preocupación por lo inmediato, por la realidad que hemos vivido, se ha impuesto de una forma total y abrumadora. Por tal motivo, el dedicarse a una literatura irreal, desvinculada de nuestra circunstancia, es una aventura que ha tentado a pocos escritores, una aventura que comporta ir contra una moda establecida.

El peligro que un tipo de literatura fantástica corre, es el de convertirse únicamente en pasatiempo, en literatura menor, escapista, que eluda una serie de temas y problemas que agobian al hombre actual. Pero este no es el caso de Gonzalo Suárez, por las razones que vamos a exponer. Gonzalo Suárez comenzó su carrera de escritor como periodista, popularizando la sección "Noches de la ciudad" en el periódico barcelonés El Noticiero Universal; su firma, bajo el pseudónimo "Martín Girard", se convirtió muy pronto en una de las más cotizadas de la prensa catalana. Pero súbitamente Gonzalo Suárez decidió abandonar sus actividades periodísticas, en pleno éxito, para dedicarse por completo a la literatura. Desde entonces, y hasta la aparición del libro que comentamos, ha publicado dos novelas, De cuerpo presente y Los once y

uno, y un libro de relatos, Trece veces trece. Todos estos libros se caracterizan por presentar otra realidad, o, si se prefiere, la realidad cotidiana vista de forma irreal. Las reacciones de los personajes son siempre bruscas, impensadas, pero no carecen de cierta lógica, antes al contrario parecen obedecer a un encadenamiento tan ordenado que provoca situaciones increíbles. Partiendo unas veces de hechos normales y corrientes, Gonzalo Suárez lleva a sus personajes a las más disparatadas acciones, pero sin dejar de seguir una lógica brutal y desmesurada. Las caricaturas de personas y modos de vida de la sociedad actual componen en sus libros un panorama fantasmagórico del hombre de hoy, de ese hombre acosado por el miedo atómico, coaccionado por la propaganda, alienado en todas sus facetas vitales. A este hombre actual, verdadera caricatura de sí mismo, Gonzalo Suárez le ofrece una literatura que es algo así como el espejo de su situación. "Mientras otros cuentan verdades de mentira, yo cuento mentiras de verdad", ha dicho Suárez, y en esta frase podemos hallar la corroboración de lo que llevamos escrito.

El roedor de Fortimbrás es un disparate lógico, "un libro de espionaje para espías", una exposición del mito literario-cinematográfico, del tipo James Bond, llevada hasta el límite. Es evidente que el éxito alcanzado por el personaje de Ian Fleming no se debe exclusivamente a la inventiva del novelista británico recientemente fallecido. No, el éxito ha sido la consecuencia lógica de ofrecer a los lectores de la era atómica un nuevo tipo de héroe, o de anti-héroe, a la medida de un idealismo casi putrefacto, de cuño neo-nazi: el hombre disciplinado, astuto, fuerte, implacable, impávido, sin sentimientos y con un tipo de pasiones casi mecánicas; un hombre sin escrúpulos, que desafía a sus enemigos empleando las mismas bajezas que estos practican, un frío epicúreo que no conoce el miedo ni el remordimiento. El público occidental, bombardeado por la propaganda de la guerra fría y sumido en un mundo en el que el heroísmo individual es cada vez más difícil, se ha agarrado al nuevo mito del Agente 007 como a una tabla de salvación de sus sueños de grandeza. En su miedo, se entusiasma ante el valor de un personaje que no tiembla ante las ametralladoras y las torturas, que mata sin pestañear; en su pequeñez, aplaude al hombre que desafía a grandes organizaciones y a bandas internacionales;

en su pervertido sensualismo, blanco de todos los anuncios y propagandas de venta, admira al tipo que ama a una mujer como quien practica gimnasia sueca, que es capaz de alcanzar el placer en medio de un ambiente torturador, sin ninguna clase de sentimentalismo.

Gonzalo Suárez nos ofrece en Daniel Dos, protagonista de El roedor de Fortimbrás, una caricatura del Agente 007, es decir, una caricatura de la caricatura del Superhombre actual. Daniel Dos, "conocido por el sobrenombre de la rata", que aparece en el lugar en donde transcurre la acción del galopante relato haciéndose llamar José Martí, y al que "la duquesa" llama Horacio, es un agente secreto sin secreto, un espía que no espía nada, pero que se mete en todo, que moviliza a un ejército, que mata sin piedad y sin sentido. Huésped de "la duquesa", acepta la proposición que esta le hace para que juegue una partida de póker con sus amigos, a fin de ganarles el dinero y repartírselo luego; Daniel Dos está indignado por un telegrama que acaba de recibir, que le ordena no "actuar". Los amigos de "la duquesa" son buenos ejemplares: el dictador sudamericano exiliado Iñigo Bautismo, su estupenda mujer y sus cuatro Gorilas o guardaespaldas; un tal Federico, sobrino de "la duquesa"; una muchacha llamada Génova, protegida de "la duquesa"; un extraño escultor; y unos personajes llamados letra "A", letra "B" y letra "C", amén de un tal Fouchet, agente secreto también, que intenta comprar o vender un secreto que no existe a Daniel Dos. Entre estos personajes salen muchas veces a la conversación los nombres de Jorge y de "el profesor", personajes que luego veremos que no existen, pues Jorge es el nombre con el que "la duquesa" ha bautizado a Génova, que es su amante, ya que "la duquesa" es, en realidad, "el profesor". La partida de póker tiene lugar en "el castillo", así, sin más explicaciones, castillo que es propiedad del padre de la letra "B", que está deshabitado y al que solo acude, de vez en cuando, "el profesor", para consultar los ficheros de la biblioteca. Por el diario de "el profesor", o de "la duquesa", nos enteraremos luego que fué este el que decidió bautizar el castillo con el nombre de Fortimbrás, nombre que unido al apodo de Daniel Dos, la rata, da el título a la novela: El roedor de Fortimbrás. En la partida en el castillo intervienen todos los personajes ya citados, unos como jugadores y otros como espectadores, y a ellos se unen nueve

personajes aparecidos poco antes, que Gonzalo Suárez describe así: "Eran seis hombres y tres mujeres. Los hombres se llamaban Juan Carlos. Las mujeres, Niní, Naná y Tutú." El lector de esta reseña podrá adivinar que la partida supone un gran triunfo para Daniel Dos, como no podía menos que suceder; pero los pormenores del juego superan toda imaginación, tal es la lógica descabellada que emplea el autor en su relato: después de ganar todo el dinero a la letra "A", a la letra "B", a la letra "C" y a la mujer del dictador Bautismo, llamada también letra "D"x (la cual, lo mismo que Génova, está locamente enamorada de Daniel Dos), nuestro héroe gana sucesivamente "la cocina de Landrú" y los pantalones de la letra "A", de la letra "B", de la letra "C", de los seis Juan Carlos y de los cuatro gorilas. La mujer de Bautismo, que ya ha perdido todo su dinero, la cocina de Landrú y los pantalones de los cuatro guardaespaldas de su marido, juega su cuerpo contra todas las ganancias de Daniel Dos, y pierde, naturalmente, cosa que parece no desagradarle nada. A partir de este momento el ritmo del relato se acelera aún más: Daniel Dos, dueño de la situación y del dinero, dispara contra unos ladrones de patatas que merodeaban por los alrededores del castillo, dándoles muerte, lo mismo que a los Juan Carlos, que han bajado a disputar con ellos. Los cuatro gorilas y Fouchet abandonan el castillo. La policía, avisada por Bautismo, rodea el foso. Los gorilas vuelven, enviados por el dictador, pero al intentar oponerse a Daniel Dos son encerrados por este en un sótano, en donde mueren devorados por las ratas. Niní, Naná y Tutú, ayudadas por Génova, preparan una emboscada a los policías que penetran por una ventana del castillo, y luego de encerrarles en una habitación llena de humo, a causa de la hoguera que han encendido con los libros de la biblioteca, les dan muerte a mordiscos y besucones, mientras ellas se protegen con las máscaras antiguas que les han arrebatado. Daniel Dos mata sucesivamente a Federico y a la letra "A", mientras el ejército y los bomberos ponen cerco al castillo. Los soldados, después de disparar sobre la letra "B", que había salido para entregar~~me~~ un mensaje, trepan por un cable hacia el interior del castillo, pero un rayo electrocuta a muchos de ellos, y también al escultor, que forcejeaba intentando desprender el cable. "La duquesa", instigada por la letra "C", pretende deshacerse de Daniel Dos, pero este le

arranca la peluca y descubre que es "el profesor"; entonces lo encierra en el sótano, en donde el profesor espera la muerte bajo las dentelladas de sus imaginarios perros rojos. Entretanto, el ejército, al mando del Comandante Gris, prepara la ofensiva final contra Daniel Dos, alias "la rata", al que permanecen fieles la mujer de Bautismo, Génova, Niní, Naná y Tutú. Cuando los soldados están a punto de iniciar el ataque final, sobrevuela el castillo un autogiro, pilotado por enviado del servicio secreto que ordena detener la ofensiva y que, después de aterrizar, parlamenta con Daniel Dos. El enviado del servicio secreto, que es Fouchet disfrazado con una larga barba, propone a Daniel Dos que colabore "con los suyos". Después de una intrincada conversación, Daniel Dos se niega, y afirma que nada de lo que ha hecho tiene objeto, que no tiene ningún plan ni secreto y que si ha organizado todo el lío ha sido por que se aburría. La respuesta de Fouchet, el enviado del servicio secreto, es esclarecedora: "No repita a nadie lo que acaba de decirme. Equivaldría a destruir en su base todo el engranaje ideológico de nuestra organización, provocaría la nefasta inversión de los sistemas espirituales, la evidendia saldría a la superficie como el corcho retenido en el fondo del estanque. Amigo mío, nadie debe saberlo." "¿Saber? ¿Qué?—pregunta Daniel Dos— ¿Que me aburría?" Y dice Fouchet: "Que los efectos son profundos y las causas superficiales". El final nos muestra a Daniel Dos y a Fouchet partiendo en autogiro, ante la mirada absorta de los soldados y acompañado por el apasionado adiós de las mujeres.

Este mundo irreal en el que los efectos son profundos y las causas superficiales, es una imagen burlesca de el mundo de hoy, un mundo como un mal sueño, en el que los ejércitos se dedican a embarcarse en guerras absurdas, en el que el espionaje, la traición y la delación, no se sabe exactamente a qué obedecen, como no sea al dinero que reciben los espías, un mundo en el que la imagen del amor ha sido sustituida por las posturas fotogénicas de las artistas de cine, un mundo en el que el valor es el valor del dinero y la valentía la fría decisión de matar.

La novela fantástica de Gonzalo Suárez, al mostrarnos la realidad de un mundo irreal, nos hace pensar en la otra cara de la moneda: la irrealidad del mundo en que vivimos, irrealidad fomentada por la propaganda belicista para esconder el verdadero rostro del medallón.